

Gloria en lugar de ceniza: El camino sanador del perdón



Con los años y al esforzarme por hallar paz y sanación en el camino del perdón, me di cuenta, de manera muy profunda, que el mismo Hijo de Dios que había expiado mis pecados, es el mismo Redentor que también salvaría a quienes me habían hecho tanto daño. No podría creer plenamente en esa primera verdad sin creer en la segunda.

Conforme mi amor por el Salvador ha aumentado, también lo ha hecho mi deseo de reemplazar el dolor y la ira por Su bálsamo sanador. Ha sido un proceso que ha tomado muchos años y requirió valor, vulnerabilidad, perseverancia y aprender a confiar en el poder divino del Salvador para salvar y sanar. Todavía me queda mucho por hacer, pero mi corazón ya no está en pie de guerra. He recibido un “corazón nuevo” [Ezequiel 36:26], un corazón que ha experimentado el profundo y perdurable amor de un Salvador personal, que ha estado a mi lado, que delicada y pacientemente me ha guiado a un lugar mejor, que lloró conmigo y que conoció mi dolor [...].

El élder Richard G. Scott dijo: “No puedes borrar el pasado, pero puedes perdonar. El perdón sana heridas espantosas y trágicas porque permite que el amor de Dios elimine de tu corazón y de tu mente el veneno del odio. También limpia tu conciencia del deseo de venganza y da lugar al amor purificador, sanador y restaurador del Señor” [“Cómo sanar las trágicas heridas del abuso”, *Liahona*, julio de 1992, pág. 37].

Mi padre terrenal también ha tenido un milagroso cambio en el corazón en los últimos años y ha acudido al Señor, algo que yo no esperaba que ocurriese en esta vida. Es otro testimonio para mí del poder absoluto y transformador de Jesucristo.

Sé que Él puede sanar al pecador y a aquellos contra quienes se ha pecado. Él es el Salvador y el Redentor del mundo, quien ha dado Su vida para que podamos vivir de nuevo. Él dijo: “El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón, a pregonar libertad a los cautivos y dar vista a los ciegos; a poner en libertad a los quebrantados” [Lucas 4:18; cursiva agregada].

A todos los que están quebrantados, cautivos, heridos y quizás cegados por el dolor o el pecado, Él ofrece sanación, recuperación y liberación. Testifico que la sanación y la recuperación que Él ofrece es real. El tiempo de esa sanación es personal y no podemos juzgar los tiempos de otras personas. Es importante que nos permitamos el tiempo necesario para sanar y ser bondadosos con nosotros mismos durante el proceso. El Salvador siempre es misericordioso y atento, y está listo para ofrecer el socorro que necesitamos.

En el camino del perdón y de la sanación se encuentra la opción de no perpetuar patrones o relaciones dañinas en nuestras familias o en cualquier otro ámbito. A todas las personas dentro del ámbito de nuestra influencia les podemos ofrecer bondad por crueldad, amor por odio, amabilidad por agresividad, seguridad por angustia y paz por contención.

Ofrecer lo que se te ha negado es una parte poderosa de la sanación divina que es posible mediante la fe en Jesucristo. Vivir de manera que ofrezcas, como ha dicho Isaías, gloria en lugar de las cenizas que haya en tu vida [véase Isaías 61:3] es un acto de fe que sigue el ejemplo supremo de un Salvador que sufrió todo para que Él pudiera socorrer a todos [...].

Testifico que el mayor ejemplo de amor y perdón es el de nuestro Salvador Jesucristo, quien en amarga agonía dijo: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” [Lucas 23:34] (Kristin M. Yee, “Gloria en lugar de ceniza: El camino sanador del perdón”, *Liahona*, noviembre de 2022, págs. 37–38).